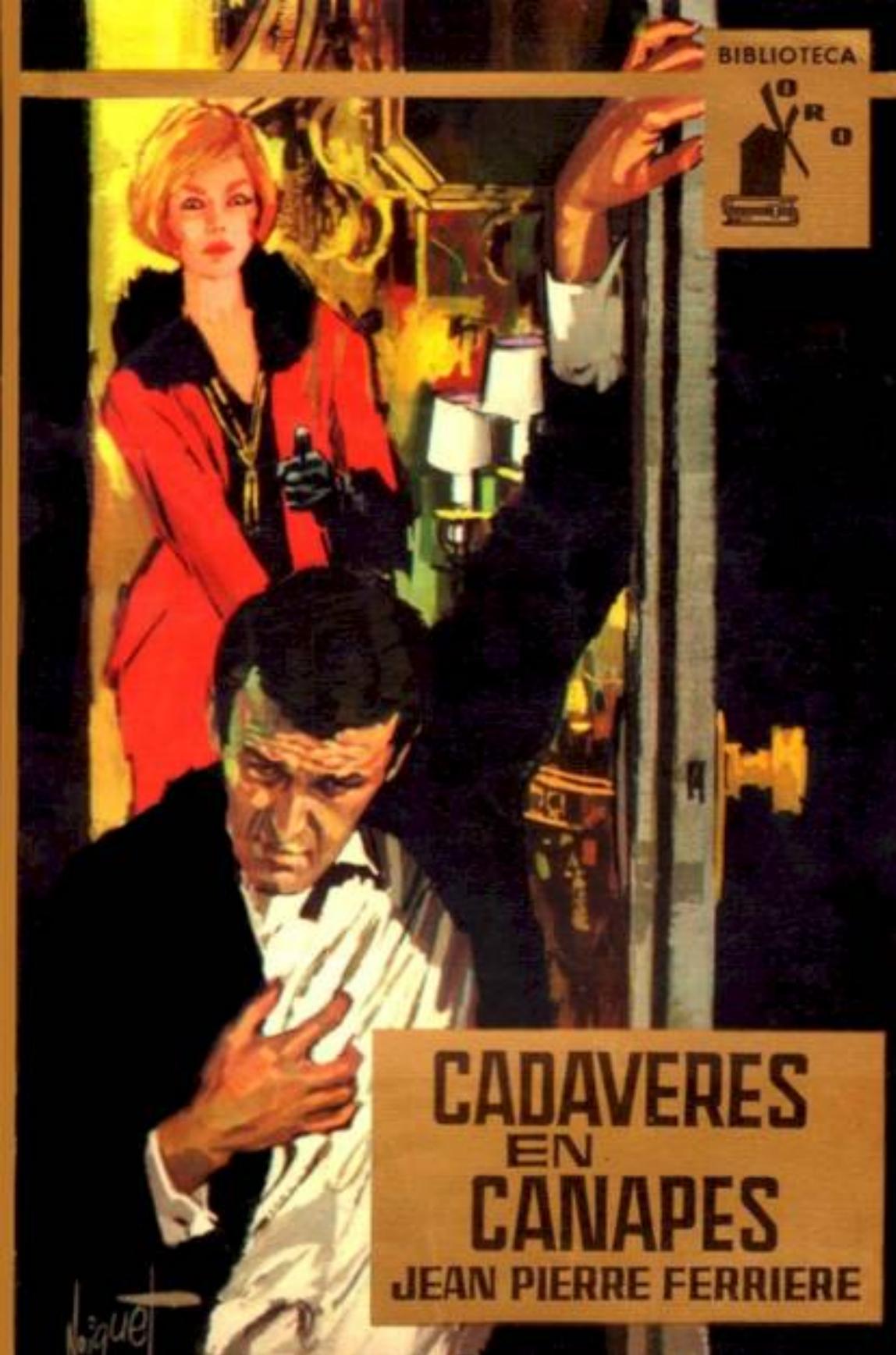


BIBLIOTECA

The cover features a dramatic illustration. In the foreground, a man with dark hair, wearing a white dress shirt and a dark jacket, looks down with a somber expression, his hands clasped near his chest. Behind him, a woman with short blonde hair, wearing a bright red coat with a dark fur collar and black gloves, stands looking towards the viewer. The background is filled with mechanical and industrial elements, including pipes, valves, and a yellow light source, creating a moody, noir-like atmosphere.

**CADAVERES  
EN  
CANAPES**

**JEAN PIERRE FERRIERE**

Nozque

La señora Papier, con la boca entreabierta y los ojos cerrados, reposaba sobre el canapé. «Esta vez se ha pasado de la raya», gritó Blanca, indignada, le voy a cantar las cuarenta.

Pero Rosa Papier no reposaba; estaba muerta.

Morir estrangulada por el cordón del aspirador es, para una auxiliar doméstica digna de este nombre, prácticamente como morir en el campo de honor. Por su mal carácter, no la iban a echar mucho de menos Berta y Blanca, las dos hermanas terror de los criminales, pero era una excelente ocasión para entrar de nuevo en danza. Mucho más teniendo en cuenta que el cadáver había sido depositado en el canapé de su salón, que el asesino no podía ser más que uno de sus invitados y que, finalmente, escasean demasiado las auxiliares domésticas para que las maten con impunidad.

# **CADÁVERES EN CANAPÉS**

Jean Pierre Ferriere

## CAPÍTULO PRIMERO

Blanca se despertó la primera. Dividida entre el deseo de ver empezar una jornada que iba a revolucionar su existencia y el temor de los problemas que traería consigo este cambio, la solterona había descansado muy poco.

Echó una ojeada a su reloj de pulsera: eran las seis y media. Tranquilizada, Blanca miró a su hermana, que dormía en una estrecha cama, réplica exacta de la que ella ocupaba.

Berta roncaba discretamente con la boca entreabierta y las trenzas cruzadas bajo el mentón. Tenía setenta y dos años.

Berta y Blanca vivían en un apartamento de cuatro habitaciones, en el séptimo piso de un inmueble moderno que dominaba el barrio más animado de Orleans.

Las dos solteronas se habían mudado poco después de la guerra, al ser expulsadas de la casa donde nacieran por el dueño de un comercio vecino, hombre ambicioso que deseaba ampliar su establecimiento. Sus muebles recargados y sus recuerdos de familia contrastaban bizarramente con los últimos perfeccionamientos de una comodidad que ellas pretendían despreciar, pero de cuyas ventajas disfrutaban.

Blanca, la mayor, pequeña, gordinflona y de carácter dominador, alimentaba un gran rencor hacia su «expulsor», cuyo éxito comercial había tratado, varias veces, de hacer fracasar. Berta, de naturaleza dulce y pasiva, se contentaba con acomodarse a los sentimientos de su herma-

na, concediéndole la gracia de tener voluntad por las dos. Grande y huesuda, estaba aquejada de una seria miopía, lo que la obligaba a no salir sola jamás, dando así a Blanca una razón suplementaria para afirmar su autoridad.

La existencia de ambas hermanas se había desarrollado pacífica y dignamente hasta el año anterior, en que una serie de asesinatos misteriosos ensangrentaran Orleans. Poseídas del demonio de la «aventura», las hermanas Bodin pusieron a investigar y descubrieron al asesino en las propias narices de la policía de la ciudad.

La aventura las había apasionado. Y, habiendo tenido la oportunidad de repetir su hazaña en el curso de un viaje a la Costa Azul, las solteronas concibieron el loco proyecto de abrir una agencia de investigación privada. Pero, decepción inmensa: denegaron la licencia a las dos hermanas.

Fue entonces cuando se presentó en Orleans uno de sus numerosos primos, Julián Feuillas, célebre ornitólogo que recorría el mundo en compañía de su hija Dafne. Era un hombre extraordinariamente distraído y de extrema dulzura. Se había olvidado por completo del motivo de su visita, y en cambio hizo a las solteronas un detallado relato del comportamiento amoroso de la lechuza moteada de Las Cevennes, relato que interesó mucho a Berta y a Blanca, pero que no dejó de asombrarlas.

De mala gana Dafne acudió en socorro de su padre:

—Papá cree que su vida errante es incompatible con la buena educación de una jovencita que va a cumplir dieciséis años —explicó con voz mustia a las hermanas Bodin—. Ha venido para pedirnos que os hagáis cargo de mí hasta mi mayoría de edad.

Berta y Blanca se apresuraron a aceptar encantadas, con gran descanso de Julián Feuillas quien, al día siguiente, debía dar en Berlín una conferencia sobre «La verdadera causa de la dificultad de elocución de las cacatúas».

Durante los primeros días, la convivencia fue difícil, pues la naturaleza salvaje de la adolescente no se avenía con el carácter maníaco de sus tutoras. Pero Dafne no tardó nada en descubrir que, bajo apariencias severas, Berta y Blanca disimulaban un gran corazón. Así que dejó de añorar su existencia de nómada.

Por su parte, las dos hermanas rodearon a Dafne de atentos cuidados, agradeciendo a la jovencita el haberles hecho olvidar aquella «nostalgia del crimen» que arrastraban desde hacía meses.

A principios de octubre, matricularon a la adolescente en el Colegio Santa Bárbara, aunque lo hicieron con cierta reticencia, pues el establecimiento era mixto. Pero el temor de parecer «anticuadas» vendió al temor de las malas amistades. Desde luego, Berta y Blanca se habían inquietado con razón: el mismo día de su llegada a Santa Bárbara, la jovencita se enamoró de un chico de diecisiete años, Miguel Deligny, quien resultó ser sobrino de la «Coronela Pique», amiga de infancia de las hermanas Bodin. Y como la «Coronela» y su dama de compañía pasaban todas las tardes en el salón de Berta y Blanca, Miguel y Dafne pudieron verse sin atraer mucho la atención.

La nieve cayó sobre Orleans. Asumiendo su papel de educadoras con la mayor seriedad, las solteras pensaban raramente en su agencia de investigadoras privadas. El hecho de haber encontrado, por fin, una mujer para la limpieza, elevó al máximo su felicidad. Una felicidad simple y tranquila, que dio signo de agotamiento al llegar la primavera. Una felicidad amenazada por la atracción del peligro y el gusto por lo misterioso.

Sentada delante de una taza de té, Dafne, con gran aplicación, untaba de mantequilla una pila impresionante de tostadas. Dos trenzas castañas sujetadas con una cinta verde encuadraban su fino e ingenuo rostro, de boca pequeña y carnosa. Los caídos y entrecerrados párpados, disimulaban unos ojos inmensos y cambiantes: habitual-

mente azul-claro, se ensombrecían al encolerizarse. Dafne no se maquillaba nunca, primero porque sus tutoras no se lo habrían permitido, y después porque ella misma pensaba que el maquillaje estropea la piel.

Luciendo una bata de cuadros negros y blancos, la mayor de las hermanas Bodin entró en la cocina.

–Buenos días, Blanca.

–Buenos días, hija mía –replicó la solterona inclinándose para besar a su sobrina.

–¿Has dormido bien? Pareces fatigada...

–No he pegado un ojo en toda la noche –admitió Blanca a la par que ponía un cazo con leche en la cocina de gas de la que acababa de encender uno de los fuegos–. Surgen a la vez tantos problemas...

–¿Qué es lo que más temes? –preguntó Dafne con ligera ironía–. ¿La llegada de la parisiense o el hecho de no haber prevenido todavía a la mujer de la limpieza?

–Rosa es tan difícil –murmuró su tía con un suspiro.

–Entonces, ¿por qué esperáis hasta el último momento para darle la noticia? ¡Ah, sí me hubieseis dejado a mí! –acabó la adolescente, pesarosa.

–Imagínate que se le ocurra dejarnos –proseguía la solterona que no la había escuchado–. En menudo lío nos íbamos a encontrar. Pasarían meses antes de que encontráramos otra mujer de hacer faenas... ¡A Berta y a mí nos costó bastante trabajo dar con ésta!

«¡Menudo hallazgo! –pensó Dafne–. Una comadre perezosa y grosera que va sembrando el miedo».

–¡La leche! –gritó, de pronto, señalando la cocina con el dedo.

Pero era demasiado tarde. La leche había superado los bordes del cazo y se deslizaba lentamente sobre el embaldosado, en tanto que el olor característico se expandía por la habitación.

Blanca se abalanzó esponja en mano, poniéndose a reparar inmediatamente los daños.

–¡Deja que se encargue Rosa de eso! –le gritó Dafne–.  
¡Te vas a ensuciar!

–Rosa sólo hace los trabajos pesados.

–¿Ah, sí? ¿Y cuándo? –preguntó Dafne con indignación–. ¡Cuántas veces tiene que fregar el pasillo, pretende estar fatigada y tú te unes a Berta para suplicarle que repose!

–Te encuentro muy insolente esta mañana –empezó Blanca, cejijunta.

–Y yo os encuentro demasiado condescendientes con Rosa, que os obliga a bailar al son de su música –afirmó la muchacha, antes de tragarse su última tostada.

Blanca, herida en su amor propio, se aprestaba a protestar cuando Berta hizo su aparición.

–¡Menudo apetito! –exclamó juntando las manos al ver comer a Dafne.

–Sí; un buen apetito y un pésimo carácter –gruñó la mayor de las hermanas Bodin.

–¿Habéis discutido? –preguntó Berta, asombrada.

–A causa de la señora Papier –declaró Dafne, con la mayor franqueza–. No llego a comprender el miedo que os inspira. Tenéis el derecho de emplear a quien queráis. ¡Estáis en vuestra casa!

Al oír nombrar a la asistenta, el rostro de Berta adquirió una expresión preocupada.

–Hemos sido muy imprudentes al aceptar viviera con nosotras –observó.

–No podíamos rehusar hacerlo –dijo su hermana–. Aunque, sin duda, no se quedará mucho tiempo.

–¡La señora Papier tampoco! –afirmó Dafne, mientras se ponía el abrigo–. Hasta luego.

Cogió una cartera que había encima de la mesa y se precipitó hacia la puerta de entrada, cerrándola de un portazo al salir.

–Esta niña se pone a veces imposible –dijo Blanca.

–Es muy joven –replicó Berta en tono conciliador–. Y no se da cuenta.

–No podemos permitirnos el lujo de perder a Rosa –prosiguió su hermana, mientras disponía dos botes sobre la mesa–, sobre todo después del trabajo que nos costó arrebatársela a la esposa del notario. ¡Es una cuestión de... de prestigio!

–Y además Gabriela se pondría contentísima. –(Gabriela era la «Coronela»)–. Sospecho que hace proposiciones a Rosa para que entre a su servicio.

–¡Seguirá con nosotras! –decidió Blanca con firmeza–. ¡Aunque tengamos que aumentarle el sueldo!

Las dos hermanas desayunaron rápidamente, tras lo cual se vistieron, haciéndolo con gestos bruscos demostrativos de su nerviosismo.

Serían las diez cuando se instalaron en el salón. Berta continuó con su labor de media, un jersey de color impreciso que destinaba a los pobres del convento, y Blanca hizo como si leyera el periódico del día anterior, que, por cierto, tenía cogido al revés. En realidad ambas tenían los cinco sentidos puestos en la puerta de entrada, y se sobresaltaban al menor ruido.

El salón era una pieza rectangular que una especie de arco separaba en dos partes. No había lámpara central, tan sólo cuatro apliques en forma de candelabros, fijados en las paredes a igual distancia el uno del otro. Unas pesadas colgaduras de color violáceo pendían a cada lado de las ventanas que daban a la calle. Un canapé y dos sillones ocupaban una mitad del salón, mientras que aparecía reservada para una negra mesita de juego, a la que rodeaban cuatro sillas de patas retorcidas. Fotos amarillentas, estampas piadosas y bolas de cristal cubrían la repisa de la chimenea, la cual estaba coronada por un espejo de marco desdorado.

–¡Las diez y veinte! –exclamó de pronto Berta, echando una ojeada por encima de sus gafas al reloj que tenía

enfrente—. Esta mañana Rosa está trabajando con calma.

—No es el momento de darle una reprimenda —respondió su hermana—. Y además, ella no...

Un portazo la interrumpió.

—¡Aquí llega! —dijo Berta, levantándose.

—Quédate sentada, con naturalidad.

Al querer alisarse la falda con una brusca separación de las rodillas, Berta lanzó la pelota de la lana al aire, la cual, al caer, rodó sobre la alfombra yendo a chocar contra las botas de la asistenta, que acababa de abrir la puerta del salón.

Corpulenta, con los cabellos tirantes recogidos en la nuca en un moño informe, los ojos pequeños y hundidos y la nariz ganchuda, la señora Papier tenía el aspecto de un pájaro de presa bien alimentado.

¿Habría sido joven alguna vez? ¿Podría envejecer? Al mirarla parecía como si hubiese nacido con aquel rostro feroz y con aquel cuerpo deforme sobre los cuales no podría hacer mella el tiempo.

Sin saludar a las dos hermanas, atravesó la habitación y se dejó caer en un sillón, que gimió bajo su peso.

—¡Estoy muerta! —se quejó.

—Buenos días, Rosa —la saludó Blanca sonriendo, al mismo tiempo que con un signo invitaba a su hermana a que la imitara.

—¡Buenos días! ¡Buenos días! —replicó la mujerona con tono desagradable—. ¡Qué calor hace aquí...! ¿No podrían ustedes abrir un poco la ventana?

Berta se levantó para ir a entreabrir la ventana, y después volvió temerosa junto a la señora Papier.

—¿Ha traído el correo? —preguntó tímidamente.

Moviendo la cabeza, Rosa registró el bolsillo de su chaqueta de lana del que sacó tres sobres y un periódico. Con el mayor descaro se puso a leer en voz alta el nombre y la dirección de los remitentes de las cartas, antes de entregárselas a las solteronas.

—Ésta es del padre de la cría, el ornitó... ¡Eso! Me guardarán el sello, ¿verdad?... Ésta es de su compañera de pensión: la hermana... ¡Bueno, como se llame...! ¡Anda! ¡Pero si esta otra está abierta!

Rosa exhibió una hoja de color que ensalzaba los méritos de un nuevo detergente.

—¡Publicidad...! ¡Ya os daré yo publicidad! —prosiguió burlonamente, al tiempo que, arrugando la hoja, la arrojaba al suelo.

Tras esto, la asistenta desplegó El Eco de Orleans y se ensimismó en su lectura.

Berta, que ardía en deseos de conocer las últimas peripecias del folletín, se indignó ante tal comportamiento. Y en el mismo momento en que se disponía a recuperar con autoridad su diario, Blanca la cogió por el brazo y la arrastró hasta el otro extremo del salón.

—¡No la provoques! —murmuró—. ¡Sería capaz de plantarnos!

—¡Pero, Blanca; si es que está exagerando! —protestó la hermana menor.

—¡Lo sé, lo sé! —replicó la otra—. Pero te ruego que te muestres conciliadora; por lo menos, durante esta mañana.

¿Apercibióse Rosa Papier de los ecos de la rebelión de Berta, o bien le habían desilusionado las noticias del día? Como quiera que fuese, abandonó bruscamente su asiento y se dirigió a la cocina.

—Me voy a preparar un cafetito para ponerme en forma —anunció al salir del salón.

—Tenemos que hablar con ella —determinó Blanca con poco entusiasmo.

—¡Sí, sí; hablemosle! —asintió Berta.

Las dueñas de la casa se reunieron con Rosa, en el momento en que miraba con cara avinagrada la vajilla apilada en la fregadera.

—Han ensuciado mucho —dijo severamente.

Encogiéndose, Berta y Blanca agacharon la cabeza.

–En fin, espero que tendré tiempo de lavarlo todo antes del mediodía –concluyó la mujer con un suspiro de resignación.

Abrió la alacena, escogió la taza más grande y vertió en ella el café que se había preparado, y después, con un puño en la cadera, se puso a sorberlo ruidosamente.

–¿Ha estado usted en la habitación azul? –preguntó repentinamente Blanca. (La habitación azul, llamada «de huéspedes», no había sido usada jamás y, por consiguiente, permanecía siempre cerrada con llave).

–Pues no –respondió la asistenta, mirando con desconfianza a su interlocutor–. ¿Por qué debía haber estado?

–Pues para ver las transformaciones efectuadas –manifestó su interlocutora con fingida alegría–. Mi hermana y yo hemos instalado un tocador, puesto sábanas limpias, flores en un jarrón, una...

–¿Por casualidad, quiere decir eso que están ustedes esperando un invitado? –preguntó Rosa en tono truculento.

–¡Huy! ¿Pero cómo lo ha adivinado? –exclamó Berta ahora, ignorando deliberadamente la expresión hostil de la Papier.

–¿Y quién es?

–Una parisiense; la prometida del señor Favier –lanzó Blanca.

–¿El doctor Favier va a casarse?

El malhumor de Rosa había desaparecido para dejar sitio a la curiosidad. Enarcando sus ojillos, se sentó con las manos en las rodillas y la boca entreabierta.

–El doctor conoció a esa señorita durante las vacaciones de Navidad. Y quieren casarse el mes próximo.

–Pero ¿por qué viene a instalarse aquí? ¿La conocen ustedes?

–Desde luego que no –intervino Berta–; pero el doctor, quien, como usted sabe, es un viejo amigo de la fami-

lia, nos ha pedido hospitalidad para su prometida. Él no puede, naturalmente, hospedarla en su casa –acabó la solterona enrojando.

–¿Y no puede ir a un hotel?

–Teme que se aburra –dijo Blanca.

–¿Es joven? –preguntó Rosa.

–Eso creo.

–¡Una jovencita! ¡Ya te daré yo! –murmuró la mujerona–. Entonces, ¿viene de París? –prosiguió con voz normal.

–La esperamos dentro de dos horas más o menos.

Rosa arrugó el entrecejo.

–Y hasta ahora no han podido ustedes...

–Todo ha sido tan rápido –cortó Blanca–. Creo que usted, Rosa –continuó, con la intención de desviar la conversación–, estuvo viviendo en la capital. ¿No es así?

Una vaga sonrisa iluminó el rostro de la señora Papier.

–Sí –asintió–; pero hace mucho tiempo.

–Parece ser que allí todo es muy hermoso –agregó melosamente Berta.

–¿Hermoso? ¡Más que eso! Sobre todo, Montparnasse. ¡Ah! Montparnasse... El «Dome»...

–¿Es una iglesia? –trató de informarse Blanca.

–No, una taberna... ¡Y después la calle de la Alegría...! ¡Bobinó...!

Rosa se interrumpió en seco al advertir que Berta y Blanca intercambiaban una mirada satisfecha.

–Bueno, el pasado es el pasado –afirmó con tono hueraño, que hizo sobresaltar a las dos hermanas–. Volvamos a lo nuestro. No sé si voy a poder quedarme con ustedes... ¡Caramba, con una persona de más, voy a tener demasiado trabajo!

Las solteronas, que creían tener ganada la partida, se sintieron presas de pánico.

–¡Rosa! ¿No pensará usted seriamente lo que dice?

–Pues claro que sí –afirmó la asistente, calculando ya las ventajas que iba a sacar de la situación.

–Estamos naturalmente dispuestas a aumentarle el sueldo..., desde luego.

–No es tan sólo el dinero; aunque claro está, que también cuenta. Es que...

–¿Qué?

–Que eso no disminuirá mi trabajo y mi cansancio –explicó Rosa–. No; lo que me haría falta, además del aumento, claro, es una tarde de reposo... pagada.

–Concedida –replicó Blanca.

–Entonces el jueves... Así iré al cine. Y además deberán ustedes cambiar el aspirador. Éste hace demasiada barahúnda.

–Concedido –repitió la solterona mayor.

De mala gana la asistente capituló.

–Muy bien –dijo, magnánima–. En estas condiciones, ¡creo que podré quedarme!

Berta y Blanca suspiraron satisfechas.

–¿Pero a dónde va usted? –gritó la mayor de las hermanas, presa de pánico al ver a la asistente anudarse un echarpe alrededor del cuello.

–A comprar lejía –anunció Rosa con un brillo en la mirada que parecía significar: «Anda, tratad de decirme ahora que todavía queda una botella en la alacena».

Pero las solteronas se sentían demasiado satisfechas para mostrarse mezquinas. No replicaron.

## CAPÍTULO II

La tendera devolvía el cambio, pero su atención estaba pendiente, sobre todo, a lo que ocurría en la calle. Rosa aprovechó la ocasión para sustraer un «Camembert», que deslizó por el escote de su chaqueta.

–... Cinco, cincuenta y cincuenta que hacen cien. ¿Es que alguna de sus señoras está enferma? –preguntó la tendera ávidamente, al ver el «Versalles» del doctor Favier pararse ante el inmueble de las hermanas Bodin.

–¡Ca! Están como dos soles.

–Entonces, ¿qué ocurre?

Apoyando su pesado busto sobre una caja de bizcochos, Rosa deslizó la gran noticia en el oído de su interlocutora.

–¡No!

–¡Sí! –aseguró Rosa–. Con una parisiense... Ya te daré yo, parisienses –gruñó a media voz, siguiendo con la mirada al médico, que tras salir de su coche penetró en la casa de las Bodin.

–¡Resulta todavía un buen mozo! –suspiró la tendera con ojos soñadores.

–¡Es un vicioso! –afirmó Rosa.

Francisco Favier se hubiera reído a gusto si la hubiese oído. Incluso, tal vez hasta se hubiera sentido halagado. Gran adorador de las mujeres, las seducía gracias a su cinismo de salón y a un físico de primer actor que conservaba a pesar de sus cincuenta y cinco años.